

del palacio, y amenazaron tragárselo con el sultan. Lo salvó milagrosamente un búlgaro de formas gigantescas que lo sacó de la corriente, y que poniéndolo sobre sus hombros, lo llevó á un kiosko inaccesible á las debordadas aguas. Allí esperó á que estas se retiraran.

El valle de las aguas dulces, el arrabal de Aiub, el Cuerno de Oro, el arsenal, las pendientes de Pera, de Galata, de Tophana, estaban cubiertas de escómbrros, de árboles y mieses. El mar de Mármara, manchado con las aguas turbias de la Tracia, perdió su color por espacio de muchas semanas, pareciendo cambiado en un mar cenagoso. Soliman destinó millones de ducados á reparar y prevenir para lo sucesivo semejante desastre. El acueducto derribado de Justiniano y de Valens llevó de nuevo sobre sus arcos de colina en colina las aguas del Hydralis, riachuelo de la villa de Belgrado á Constantinopla; los puentes de Adriano sobre el Melas y el Athyras cerca de su desembocadura en el mar, fueron reconstruidos.

El arquitecto Sinan hizo sobre arcos de piedra, encima de la parte baja de Tchekmedje (Regium), una calzada que aseguró contra las inundaciones los abastos de la capital por la llanura de Tracia.

XXX

Solo la isla de Malta ofuscaba el poder otomano al fin del reinado de Soliman II. El sultan, vencedor de Rodas, sufría con impaciencia que se levantase otra Rodas en los mares de Sicilia, y se interpusiera entre sus provincias tributarias de Africa y sus puertos de Europa y de Asia. Su hija querida, la sultana Mirhmah, no cesaba de estimularlo á emprender esta conquista como una obra piadosa que le atraeria las bendiciones del Profeta.

La muerte de Barbaroja lo habia privado del único brazo capaz de conquistar á Malta. Sin embargo, un jóven croata, llamado Pialé, paje del palacio en primer lugar, camarero luego y pronto almirante, se habia elevado por su aficion al mar y sus expediciones en la Morea al rango de capitán-bajá ó almirante supremo de las flotas otomanas. El sultan, para recompensar su zelo y realzar su autoridad sobre los marinos, habia dado á Pialé por esposa á su nieta la sultana Gewher, hija de Selim. Pialé habia llamado al servicio del sultan á otro Barbaroja, al corsario

Salih-Reis, cuyo nombre era el terror de las madres y de las mujeres en todas las costas del Mediterráneo. Salih era hijo de un pastor del monte Ida, que domina la playa de Troya, en el mar de Tenedos. Teniendo sin cesar ante la vista este elemento, se habia lanzado á él desde muy temprano.

Otro corsario célebre, llamado Dragut en Europa y Torghud en Asia, habia sido buscado igualmente por el capitán-bajá Pialé para ilustrar la marina otomana. Torghud era hijo de un campesino cristiano del pueblecillo de Serulat, en la costa de Caramania. Hâbil arquero, vigoroso atleta desde su infancia, el instinto de la guerra y de las aventuras lo habia llevado á bordo de una barca de piratas que surcaba el golfo de Satalia. Su audacia y su fortuna lo habian hecho llegar al mando de una escuadra de corsarios que habia desembarcado en Córcega; hecho prisionero por Andres Doria, en su encuentro cerca de las costas, habia remado como esclavo en los bancos de la galera de Doria. Rescatado por Barbaroja, encargado de una expedicion contra Nápoles, habia devastado á Castellamare, cogido mil niños y mujeres para reducirlos á la esclavitud, atacado las galeras de Malta, arrebatado á la Orden un tesoro de cien mil ducados, formado una escuadra rival de la de Barbaroja, y formado un imperio flotante en el mar Egeo.

Soliman II, que reclutaba en todas partes los generales de mar, raros en su nacion, lo habia tomado á su servicio, y le habia concedido el derecho de izar un fanal sobre la popa, signo de jefe de escuadra. Su vuelta al puerto de Constantinopla, despues de muchas campañas contra Doria, los venecianos y la órden de Malta, se pareció á una exposicion de los despojos del mundo cristiano. Su galera de vanguardia, montada por el capitán-bajá Pialé, llevaba en la popa, sobre la espuma de las olas, el estandarte del ejército español, vencido en Africa, representando un Cristo en cruz. Sobre el puente de los buques que seguian al de los almirantes, cinco almirantes napolitanos, sicilianos y españoles cautivos, iban cargados de cadenas. Los bajeles conquistados, sin mástiles y gobernalle, eran remolcados por los otomanos. El pueblo y el ejército guarnecian las orillas del Bósforo. Soliman asistia á esta vuelta triunfal desde las ventanas de un kiosko que daba al mar. Los prisioneros, descargados de sus hierros despues de este alarde de victoria, fueron encerrados en el arsenal y tratados con los honores que merecia su valor.

Estos triunfos, debidos principalmente á Torghud y á Salih, excitaron al sultan á intentar el asalto de Malta. Pialé mandó la flota como generalísimo; Torghud y Salih las divisiones; el viejo Mustafá-bajá las

tropas de desembarco. Su título de descendiente de Khaled-ben-Walid, porta-estandarte del Profeta, y su edad de setenta y cinco años pasados en los campamentos, le daban un ascendiente casi religioso en el ejército. Siete mil spahis asiáticos, mil de Mitylene, cinco mil genízaros de Asia, treinta mil voluntarios, cuatro mil spahis y genízaros de Andrinópolis, comonian, con una numerosa artillería, las tropas sitiadoras. Ciento ochenta y dos buques llevaban los hombres, los cañones, las balas y la pólvora.

El 19 de mayo de 1565, estas doscientas velas blanquearon á los ojos de los caballeros de Malta, y desembarcaron al día siguiente veinte mil otomanos en la playa meridional de la isla. Torghud, que se había quedado rezagado, apareció dos días después con quince buques que llevaban á bordo las tropas escogidas. Las baterías dispararon contra el fuerte de San Telmo que respondió como un volcán al fuego de los otomanos. Torghud, que tenía la audacia por toda táctica, ordenó asaltar el fuerte á sus tres mil africanos. A su voz se lanzaron á las murallas como á un abordaje. Mientras que Torghud, de pie sobre una brecha del parapeto, los alentaba blandiendo su sable, una bala de cañón pegó en una piedra, fué de rechazo á su pecho, y lo tendió sangriento y espirante á los pies

del seraskier. Mustafá lo cubrió con su manto para ocultar su muerte á los soldados, y sentándose tranquilamente en su lugar, esperó la victoria ó la muerte con la impassibilidad del héroe.

El fuerte, conquistado con la sangre de Torghud, se rindió después de tres días de asalto. Bajo sus ruinas se hallaban sepultados setecientos caballeros. El bárbaro y fanático vencedor hizo descuartizar los cadáveres y clavar sus miembros desgarrados sobre tablas flotantes en forma de cruz, que las olas llevaron al pie de las murallas de la ciudad. El gran maestro La Valette, francés como Villiers de l'Isle-Adam, había jurado no entregar á los turcos mas que un sepulcro. El consternó la humanidad y deshonoró su causa sobrepujando la atrocidad de los bárbaros. Los caballeros degollaron á sangre fría á los esclavos turcos encerrados en la isla, y cargaron los cañones con sus cabezas para enviarlas como un desafío á muerte á los otomanos.

Hassan, hijo de Barbaroja, se reunió pocos días después á la flota con treinta bajeles y tres mil artilleros. Yerno de Dragut, venia á vengar al padre de su esposa. Encomendósele el asalto del fuerte San Miguel, promontorio avanzado, que cerraba el puerto. Dos meses, doce asaltos, seis mil muertos en el ejército y las galeras de Pialé no pudieron vencer la

intrépida resistencia de Lavalete y de su puñado de héroes.

Pialé y Mustafá se hicieron otra vez al mar el 11 de setiembre sin llevar al sultan otro fruto de su expedición mas que el vencimiento humillante de sus armas. El cristianismo habia triunfado sobre un escollo merced al valor de unos cuantos caballeros. El capitán-bajá Pialé recibió la orden de entrar en el puerto con la flota durante la noche para ocultar á los otomanos tan vergonzosa derrota. Soliman no dirigió la palabra al anciano Mustafá, cuando se presentó en el divan como quinto visir.

No pudiendo el sultan sufrir la humillacion de su renombre al declinar su vida, quiso recobrar su fama dirigiendo en persona una campaña sobre el Danubio. Su hija Mihrmah, zelosa musulmana, le echaba en cara sin cesar que olvidaba la primera virtud del Coran, que consiste en derramar su sangre peleando contra los infieles. Arslan ó el Leon, gobernador de Ofen, ansioso de pelear contra el Austria, empenó la lucha sin aguardar las ordenes del divan. El conde de Salm, general de las tropas del emperador, se batió con Arslan, rechazó á sus tropas y pasó á cuchillo indistintamente á los otomanos y los húngaros, de quienes se titulaba el libertador.

Soliman acudió por fin con el gran visir, los dos

ejércitos de Europa y de Asia, y con todos los generales formados por él en sus catorce campañas. La edad y las enfermedades le impedían montar á caballo. Atravesó la Tracia, la Bulgaria, la Servia, en un carro semejante á una tienda movable, de donde no se apeaba mas que por la noche. El gran visir lo precedía á alguna distancia á fin de arreglar y ensanchar el camino de los Balkanes para que pudiese pasar su carruaje. Recobrando Soliman su vigor primitivo en Belgrado, á la vista del territorio enemigo, atravesó el Danubio á caballo entre las filas de sus dos ejércitos y plantó sus tiendas en Semlin. El joven rey de Hungría, Sigismundo Zapolya, vino á saludarlo como á su protector, rodeado de cuatrocientos magnates á caballo. Los presentes que traía á Soliman podían pagar con su valor un reino; el de Soliman era un trono. Juró este no volver á Constantinopla sin dejarlo completamente dueño de sus estados. El emperador selló este juramento besando á Sigismundo en los ojos.

Un puente sobre el Drave, formado con ciento veinte pontones, de cinco mil codos de longitud permitió pasar al ejército á la Transilvania. Sentado Soliman sobre el puente de una galera dorada que le habian traído de las bocas del Danubio, asistió á este pasaje, saludado por las salvas de su artillería y las

aclamaciones de doscientos mil soldados. Dirigió las tropas á Szigeth, punto que queria convertir en un baluarte otomano como Ofen y Belgrado.

El gobernador de Ofen, el intrépido y desgraciado Mohammed-Beg, apellidado Arslan ó Leon, se incorporó con el sultán en el famoso pueblo de Siklos, célebre en la Hungría por la excelencia de sus vinos. Los revéses de Arslan, al comenzar la campaña, su agresion prematura contra el conde de Salm, y sobre todo las cartas interceptadas de este general, en las que hablaba injuriosamente del gran visir Mohammed-Sokolli, arrancaron á Soliman el consentimiento secreto de su muerte.

Al día siguiente, sin sospechar la suerte que le aguardaba, se presentó Arslan con una magnífica escolta de coraceros delante de las tiendas del sultán. Se apeó á la entrada de la tienda del consejo y se sentó en el divan en calidad de visir para tomar parte en las deliberaciones. El gran visir se levantó, y acercándosele con faz indignada:

« ¿Qué pretendes hacer aquí? le dijo. ¿Quién te ha dado la orden de abandonar las tropas? ¿A quién has entregado el mando de Ofen, que te está confiado? El padischah te habia nombrado begler-beg, y tú has entregado sus provincias á los infieles. ¡Desdichado de tí, miserable! Tu sentencia de

« muerte está pronunciada. Haced desaparecer á este hombre de la surfaz de la tierra, añadió dirigiéndose á los chiaux. »

Arslan salió de la tienda, arrastrado por los chiaux con sable en mano. El anciano visir Ayas-bajá, su antiguo amigo, que se hallaba presente, le dijo con compasion: « Ya lo ves, Arslan, las cosas de este mundo son transitorias y cortas; arrepiéntete y vuelve tus miradas al cielo. » Arslan le dió las gracias con una mirada, y volviéndose hácia el verdugo: « Mi querido señor, le dijo, abrevia el dolor, y aplica bien el pulgar á la garganta. » Y poniéndose de rodillas, se dejó estrangular sin un gemido.

Este suplicio, infligido á un general y á un valiente, cuyo crimen era haber desobedecido y no haber vencido, fortificó la obediencia y estimuló la abnegacion. El ejército y el sultán, al llegar el 5 de agosto ante Szigeth, hallaron la ciudad defendida mas que por los recodos del Almas, por el valor del héroe Zriny, que la mandaba.

Sin temer los doscientos mil hombres que cubrian las dos márgenes y las colinas, Zriny hizo plantar una cruz de hierro en el torreón de la fortaleza, mandó cubrir sus murallas con un lienzo de color de sangre, y revestir la torre con planchas de estaño, que resplandecian con los rayos del sol, para que sirvie-

ran de punto de mira á las balas de las baterías turcas. Obligado muy pronto á abandonar la parte baja de la ciudad, la incendió ántes de replegarse á la ciudadela. En vano ofreció Soliman á Zriny la soberanía de la Croacia por la entrega de la plaza; en vano mandó llevar á la vista del fuerte á un hijo de Zriny, hecho prisionero en una salida, con el verdugo con el sable en la mano, para arrancar una concesion al padre en presencia del peligro de su hijo; nada conmovió al héroe. Mas fácil era demoler á Szigeth que conquistarla.

Después de quince días de inútiles asaltos, los otomanos dieron fuego á una mina, que habian practicado bajo el bastion principal, volando con ella un lienzo de muralla. La torre central que contenia la pólvora era la única que quedaba en pié en medio de los escombros. Zriny, decidido á sepultarse bajo este monumento, depositario de su honra y de su nombre, preguntó á sus compañeros quienes eran los que estaban decididos á morir. Seiscientos se presentaron: él los arengó mas que como un soldado, como un mártir; en seguida mandó á su camarero Francisco Cserenkoe que le trajese su túnica de seda, se echó al cuello su cadena de oro, se cubrió la cabeza con un birrete negro bordado de oro y con un penacho de plumas de garza real, sujetas con un bro-

che formado de diamantes, metió en su escarcela cien ducados con el busto del sultan, « á fin, dijo, que el soldado que levantase su cuerpo, no se quejara de haber hallado un despojo vulgar, » y se metió en el pecho las llaves de la ciudadela.

« En tanto que este brazo, añadió, pueda moverse « para defenderlas, nadie arrancará de mi poder estas llaves ni estas monedas. Sobre mi cadáver las « cojerá quien quiera; pero he jurado que en el campamento turco nadie me verá vencido y cautivo. »

Elegió entre cuatro sables de honor que habia recibido en recompensa de sus hazañas, durante su vida de soldado, el mas antiguo de todos ellos. « Con « esta arma, dijo á sus compañeros, que he recibido « en el campo de batalla, voy á presentarme hoy « ante el trono de Dios para oír mi sentencia. »

XXXI

Su bandera le precedia; su paje llevaba detras de él su escudo; bajó al patio sin casco y sin coraza; arengó con marcial y santa elocuencia á los seiscientos caballeros y soldados á quienes habia comunicado

su heroísmo, é hizo resonar tres veces por encima de las murallas el nombre de Cristo. Al tercer grito, se abrieron las puertas; un mortero vomitó su carga de metralla sobre la columna de los turcos, que cubria el puente levadizo. Zriny se lanzó sable en mano con su puñado de valientes sobre aquella multitud de enemigos. Atravesado por dos balas que le entraron en el pecho y cinco flechas clavadas en la garganta, cayó sobre los cadáveres de su escudero y su paje, muertos á su lado. Los genízaros, que habian retrocedido ante el vigor de esta salida, se acercaron al verlo en tierra, lo levantaron, y respirando todavía, lo llevaron en hombros á la presencia de su aga. Lo tendieron sobre uno de los enormes cañones con que habian destruido la ciudad, y le cortaron la cabeza sobre aquel tajo digno de él.

XXXII

Los turcos se precipitaron en la ciudadela por encima de los cadáveres de seiscientos compañeros de Zriny, encadenaron, inmolaron, se llevaron las mujeres, y los niños que quedaban en la plaza. Corta-

ron la barba y quemaron los cabellos del camarero Cserenkoe, del tesorero y el copero de Zriny.

Habiendo preguntado el gran visir al jóven copero qué tesoros tenia su amo escondidos bajo las ruinas: « Mi señor, respondió con ostentacion el húngaro, « poseia cien mil escudos, mil copas de oro de todos « tamaños, y una rica vajilla; todo lo ha destruido: « escasamente deja cincuenta mil ducados en una « gabetta; pero deja tesoros de pólvora que van á es- « tallar á vuestros piés y sumergiros entre los escom- « bros que habeis quemado. » A estas palabras, la pólvora, encendida por el paje sepultó á cinco mil vencedores bajo los muros derruidos de la fortaleza.

El último suspiro de Soliman se exhaló á la luz y al ruido de esta explosion de Szigeth. Enfermo de una disentería, y debilitado por las largas fatigas de esta guerra, murió en la noche del 5 al 6 de setiembre, con la alegría de este último triunfo.

El gran visir Mohammed-Sokolli, que ocultaba por orden suya su enfermedad á las tropas, disimuló con mayor cuidado su muerte. Temiendo que una indiscrecion revelase el suceso ántes de tiempo, hizo desaparecer al médico que lo habia asistido en sus últimos momentos. Feridun, secretario íntimo de Soliman, y Djafar, su primer escudero, amigos ambos de Sokolli, fueron los únicos confidentes de este

secreto. El gran visir, falsificando el estilo y la letra del difunto, difundió por el ejército cartas de Soliman, en las que este soberano felicitaba á sus soldados, se lamentaba de no poder recompensarlos por su propia mano, y ordenaba á su visir que condujera el ejército á Belgrado.

Las tropas, acostumbradas á ver al sultan encerrado dentro de las celosias doradas de su litera, no sospecharon su muerte. El ejército marchó con lentitud hácia Belgrado, llevando consigo el cadáver de su principe que parecia llevar consigo la fortuna de los otomanos, elevada á su apogeo por Soliman y destinada á menguar despues de su muerte. En efecto, con Soliman, á quien Hammer llama Suleyman, se mide en esta época la grandeza del imperio otomano.

XXXIII

La historia lo ha comparado á Luis XIV : de este monarca tuvo el largo reinado, la majestad, la eleccion de los hombres, la dicha de descubrirlos, de reconcentrar en su persona el esplendor con que deslumbraban su siglo, la autoridad que se hace obede-

cer, la fidelidad que sostiene á los buenos servidores; pero no tuvo por precursores á un Richelieu, y un Mazarin, que le prepararan su reinado. El fué su Richelieu y su Mazarin. Hijo de un padre bárbaro, soldadesco y parricida, hizo salir de la anarquía y del despotismo de los campamentos, en los que hallaba el imperio, la civilizacion, la gerarquía y la legitimidad del poder monárquico, restauradas ó creadas por sus instituciones. Para juzgar imparcialmente su reinado no es necesario mas que echar una ojeada sobre el estado en que recibió y dejó el imperio. Los otomanos no eran mas que soldados; él formó con ellos una nacion.

XXXIV

Durante sus catorce campañas últimas, este pueblo se habia asimilado á Rodas y Belgrado, dos bastiones del imperio, el uno terrestre, marítimo el otro. El Egipto, la Siria, la Mesopotamia, Medina, la Meca, Bagdad, la Crimea, las dos costas del mar Negro, las bocas del Danubio, la Moldavia, la Valaquia, la Servia, la Transilvania, la Croacia, la Albania, la

Morea, la Hungría hasta Ofen y Szigeth, parte de la Polonia, estaban sólidamente incorporadas en la monarquía ora por medio de gobernadores directos, ora por príncipes nacionales tributarios, feudalizados en el imperio : confederacion inmensa que se extendia desde el Tigris, el Nilo, y el Éufrates hasta el Danubio, sin acepcion de razas ó religiones, y que encerraba al imperio otomano en un círculo de aliados, cuyo centro motor era Constantinopla. El imperio romano, en sus mejores tiempos de expansion, y el de Constantino en Bizancio no habian cubierto con sus legiones una superficie tan vasta de tierras. Ciento veinte millones de súbditos reconocian la autoridad de Soliman II.

Pero no bastaba conquistar, era preciso constituir el gobierno, y aquí es donde aparece el genio de este legislador. El estudio de sus instituciones iluminará la historia de la economía religiosa, civil, judicial, administrativa, rentística y militar de los turcos á fines del gran reinado de Soliman. Un pueblo se resume en su constitucion. Sus armas lo engrandecen; su organizacion lo perpetúa : Nueve reinados habian dado espacio á la Turquía; Soliman por sus leyes les habia abierto un porvenir.

XXXV

El Coran era todo el código : el cuerpo de los ulemas era su intérprete. La teología y la jurisprudencia eran una misma profesion. Pero era necesario procurar al cuerpo de estos teólogos jurisconsultos la ciencia, la gerarquía, la mútua intervencion, la independencia, la dignidad moral que respondiesen de la inteligencia, de la moralidad y de la autoridad de sus decisiones. En ellos radicaba toda la parte civil del gobierno ; ellos eran para los turcos de Soliman en el siglo XVI lo que era la Iglesia con su autoridad, sus dignidades, sus riquezas, su enseñanza universal y sus tribunales eclesiásticos en el Occidente despues de Cárlo-Magno.

Pero Soliman, juntamente khalifa y soberano, les habia impuesto una organizacion, una disciplina, un modo de ascender, reglas que los príncipes cristianos de Occidente no osaban imponer á los ministros del pontífice romano. Los dos poderes, el espiritual y el temporal no coexistian en Turquía. El soberano se confundia con el pontífice, el muftí nombrado y de-

puesto por él y los ulemas no eran mas que su consejo de conciencia. Solo que para que este consejo de conciencia apareciese independiente, Soliman habia hecho de él un cuerpo que tenia cierta analogía con los parlamentos bajo la monarquía francesa.

Este cuerpo se instruía y se reclutaba en los seminarios de las mezquitas, pagados por medio de fundaciones ó asignaciones del Estado. Soliman habia reglamentado estos candidatos para las primeras dignidades de la magistratura de los ulemas, dividiéndolos en diez categorías con sueldos gradualmente correspondientes. Era menester pasar de un grado á otro á juicio de sus pares para llegar á lo sumo de la gerarquía. Los ulemas, admitidos así en la corporación, gozaban del doble privilegio de ser eximidos de toda contribucion y de transmitir hereditariamente, no sus funciones, pero sí sus propiedades á sus hijos. Este privilegio, en un país en donde la confiscacion era la ley comun, constituía en los ulemas una fácil aristocrácia de fortuna, que indicaba una verdadera perpetuidad indirecta de riquezas, de independenciam, de consideracion y de superioridad sobre las otras clases de la nacion. De esta suerte quiso Soliman asegurar para el porvenir la preponderancia de una clase civil sobre la oligarquía militar, vicio esencial de un pueblo conquistador.

XX XVI

Las leyes penales, arbitrarias hasta entónces, se mandaron escribir para arreglar los juicios. Los delitos contra las costumbres, ó los crímenes contra la inviolabilidad de la mujer, primera propiedad de los otomanos, fueron, los unos suavizados, los otros agravados. Las miradas y las palabras dirigidas por un individuo á la esposa ó la hija de un otomano, fueron castigadas con diferentes multas. Por el rapto de una jóven ó de un muchacho imponía al delincuente la pena capital. Las riñas entre hombres ó mujeres, la barba arrancada, la amenaza, los golpes, el homicidio fueron proporcionados al daño causado.

El robo, el pillaje, reprimidos por penas en armonía con los crímenes solo fueron castigados con la mutilacion de la mano en el robo del caballo; con la muerte, en los casos de robo con fractura ó rapto de un esclavo. Las ciudades y villas fueron responsables del valor de las cosas robadas con violencia dentro de su jurisdiccion. El falso testimonio, la moneda y

escritura falsas fueron castigados con la mutilacion de la mano. Los calumniadores, los difamadores, los usureros que prestaban á mas de once por ciento, los malos tratamientos de los animales que auxilian al hombre, obra animada de Dios, recibieron castigos legales. El precio de los artículos de consumo y aun los de lujo fueron sujetos á un máximum, segun su abundancia ó escasez. El uso del vino, prohibido expresamente por el Coran, tolerado por el uso constante que se hacia de él, fué declarado un atentado á la religion, á las costumbres, á la ley.

El uso del café acababa de ser introducido en Siria por los camelleros de la Arabia. Habian estos observado que sus fatigados camellos recobraban fuerzas y daban muestras de alegría y de embriaguez despues de haber ramoneado este arbusto. Las mismas sensaciones experimentadas por ellos despues de haber bebido el cocimiento de su grano, introdujo la aficion en el desierto, y se propagó hasta Constantino-
pla. Abriéronse casas para preparar esta bebida á los ociosos; se llamó á estos establecimientos cafés, del nombre del arbusto, y se hicieron sitios de reunion peligrosos para la tranquilidad, como las casas en donde se vendia al vino. El gobierno hizo examinar á los ulemas si el café no estaba comprendido, como bebida embriagadora, en la prohibicion del vino,

proscrito por el Coran. Las opiniones fueron contradictorias y las penas diferidas. Los unos llamaban el café enemigo del sueño y de la *fecundidad*; los otros, *genio de los ensueños y fuente de la imaginacion*.

El carácter dominante del código penal de Soliman fué la mitigacion de las penas, la supresion de la muerte en los delitos secundarios, la multa decretada por el juez, sustituida á la ley feroz del talion, aplicada por la venganza del hombre ultrajado en sí ó en su familia.

XXXVII

La hacienda pública se regularizó bajo el reinado de Soliman II; la renta emanó con abundancia de cuatro fuentes regulares:

Los derechos de aduana, que consistian en dos por ciento para los musulmanes, cinco por ciento para los súbditos tributarios, y diez por ciento para los extranjeros.

El diezmo impuesto á todas las producciones de la tierra era de un vigésimo sobre los productos culti-